

843
Z.

P2511
P28
v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. Gassó Hermanos — Barcelona

UNA PÁGINA DE AMOR

IV

En agosto, el jardín del doctor Deberle era un verdadero pozo de follaje. Contra la verja, las lilas y los ébanos de los Alpes mezclaban sus ramas, en tanto que las plantas trepadoras, las yedras, las madreselvas, las clemátidas, lanzaban por todas partes brotes sin fin, que se deslizaban, se anudaban, caían como lluvia y llegaban hasta los olmos del fondo, después de haber corrido á lo largo de las paredes; y allí se hubiera dicho que era aquello una tienda colgada de un árbol á otro, pues los olmos se erguían como los pilares poderosos y compactos de un salón de verdura. Aquel jardín era tan pequeño, que el menor lienzo de sombra lo cubría.

En el centro, el sol de mediodía formaba una sola mancha amarilla, que dibujaba el redondel del arriate de césped, flanqueado por los dos macizos de flores. Contra la escalinata, veíase un gran rosal,

en el que enormes rosas de the se abrían á centenares. Por la tarde, cuando caía el calor, su perfume se tornaba penetrante, y un olor cálido de rosas se dejaba sentir pesadamente bajo los olmos. Y no había nada más encantador que aquel rincón perdido, tan embalsamado, en el que los vecinos no podían ver nada, y que despertaba un ensueño de selva virgen, en tanto que algunos organillos tocaban polkas en la calle Vinense.

—Señora,—decía diariamente Rosalía.—¿Por qué no baja al jardín la señorita? Estaría divinamente bien bajo los árboles.

La cocina de Rosalía había sido invadida por las ramas de uno de los olmos. La criada arrancaba sus hojas con la mano, y vivía impregnada de la alegría de aquel colosal ramillete, en el fondo del cual no podía distinguir nada. Pero Elena respondía:

—No está bastante fuerte aun... La frescura de la sombra le hará daño.

No obstante, Rosalía se obstinaba en ello. Cuando creía que se le había ocurrido una idea buena, no la abandonaba tan fácilmente. La señora andaba equivocada al creer que la sombra hacía daño. Sería más bien que la señora temiera molestar á la gente; pero se equivocaba, porque la señorita no incomodaría de fijo á nadie, ya que en el jardín no había ningún bicho viviente; el señor no se presentaba nunca allí, y la señora tenía que estarse en los baños de mar hasta mediados de septiembre; esto era tan cierto, que la portera había pedido á Ceferino que diera un rastrillazo por allí, y que, hacía ya dos domingos, Ceferino y ella pasaban en el

jardín toda la tarde. ¡Oh! Era bonito, incomparablemente bonito.

Elena seguía negándose. Juana parecía sentir fortísimo deseo de bajar al jardín, del cual había hablado con gran frecuencia durante su enfermedad, pero un sentimiento singular, una turbación que le hacía bajar los ojos, le impedía el insistir con su madre. Por fin, al domingo siguiente, la criada se presentó, desalentada, y diciendo:

—¡Oh, señora! No hay nadie, se lo juro á usted. No estamos más que yo y Ceferino, que está rastrillando. Déjela usted venir. No puede usted imaginarse qué bien se está. Venga usted un poco, un poco nada más, para verlo.

Y se mostraba la muchacha tan convencida, que Elena cedió. Arrojó á Juana con un chal y dijo á Rosalía que tomara una gruesa colcha. La niña, entusiasmada, con un entusiasmo mudo que sólo sus brillantes ojos testimoniaban, quiso bajar la escalera sin que la ayudasen, para demostrar sus fuerzas. Por detrás de ella su madre adelantaba los brazos, dispuesta á sostenerla. Ya abajo, cuando pusieron los pies en el jardín, las dos exhalaban un grito. No lo reconocían. Tan poco se parecía aquel paraje impenetrable al rinconcito limpio y casero que habían visto en primavera.

—¡Cuando yo se lo decía á ustedes!—repetía Rosalía triunfante.

Los macizos se habían ensanchado, cambiando las avenidas en estrechos senderos, y dibujando todo un laberinto en que las faldas se prendían al paso. Hubiérase creído aquello el hundimiento lejano de

un bosque, bajo la bóveda de los follajes que dejaban caer una luz verde, de una dulzura y un misterio encantadores. Elena buscaba el olmo al pie del cual se había sentado en abril.

—Pero, no quiero yo,—dijo,—que Juana se quede aquí. La sombra es demasiado fresca.

—Espere usted, pues,—repuso la sirvienta.—Va usted á ver.

En tres pasos se atravesaba el bosque. Y allá, en medio del hueco de verdura, sobre el arriate de césped, se hallaba el sol, un ancho rayo de oro que caía, tibio y silencioso, como en el raso de un bosque. Al levantar la cabeza, no se veían más que ramas, que destacaban sobre el manto azul del cielo, con una ligereza de tules. Las rosas de the del gran rosal, algo marchitas por el calor, dormían sobre sus tallos. En las cestas de flores, margaritas rojas y blancas, de tono viejo, dibujaban esquinas de viejos tapices.

—Van ustedes á ver,—repetía Rosalía.—Déjenme ustedes á mí. Yo voy á arreglarlo, yo.

Acababa de plegar y de colocar la colcha en el borde de una avenida, en el lugar en que terminaba la sombra. Después hizo sentar á Juana, con los hombros cubiertos con su chal, diciéndole que extendiera las piernecitas. De aquel modo, la niña tenía la cabeza á la sombra y los pies al sol.

—¿Estás bien, vida mía?—preguntó Elena.

—Sí, sí,—respondió la niña.—Ya ves, no tengo frío. Parece que estoy al lado de una estufa. ¡Oh! ¡qué bien se respira, qué á gusto se está aquí!

Entonces Elena, que contemplaba con aire de in-

quietud los cerrados postigos del hotel, dijo que iba á subir á su casa un instante. Y dirigió toda clase de recomendaciones á Rosalía. Ella vigilaría bien al sol, no dejaría á Juana allí más de media hora, y no separaría la vista de ella.

—No tengas miedo, mamá,—exclamó la pequeña, que se reía.—Por aquí no pasa ningún coche.

Cuando estuvo sola, cogió puñados de arena, á su lado, jugando á dejarlos caer como una lluvia de una mano á la otra. Entre tanto, Ceferino rastrellaba. Cuando había visto á la señora y á la señorita, se había apresurado á ponerse la guerrera, que estaba colgada de una rama; y por respeto había suspendido el rastrellar.

Durante toda la enfermedad de Juana, se había presentado en la casa cada domingo, según su costumbre; pero se colaba hasta la cocina con tantas precauciones, que Elena no hubiera llegado ni siquiera á sospechar su presencia si Rosalía, cada vez, no hubiera preguntado de su parte por la salud de la señorita, añadiendo que Ceferino compartía la pena que afligía á toda la casa.

¡Oh! Se estaba haciendo ya á los modales desenvueltos, como decía la muchacha; se le iba yendo en París el pelo de la dehesa más que deprisa. De modo que, apoyado en el rastrillo, dirigía á Juana un movimiento de cabeza de simpatía. Cuando le vió la niña, le mostró una sonrisa.

—He estado muy malita,—dijo.

—Ya lo sé, señorita,—respondió el soldadito llevándose la mano al corazón.

Después, quiso hallar una frase gentil, un broma que alegrara la situación; y añadió:

—La salud de usted ha entrado en caja, eso es. Ahora va usted á reventar de gorda.

Juana había vuelto á coger un puñado de piedrecillas. Entonces Ceferino, contento de sí mismo, y riendo con risa silenciosa que le hendía la boca de oreja á oreja, recommenzó el rastrillado con toda la fuerza de sus brazos. El rastrillo, sobre la arena, producía un ruido singular y estridente. Al cabo de algunos minutos, Rosalía, que veía á la niña abstraída en su juego, feliz y tranquilísima, se alejó de ella paso á paso, como atraída por el ruido del rastrillo. Ceferino se hallaba al otro lado del arriate, á pleno sol.

—Sudas como un buey,—le dijo entre dientes.—Quítate la chaqueta. La señorita no se ofenderá por eso.

Quitóse Ceferino la guerrera y la colgó de una rama. Su pantalón rojo, sujeto con una correa á la cintura, le subía hasta muy alto, al paso que su camisa de gruesa tela, sostenida en el pescuezo por un cuello de crin, estaba tan tiesa, que se abombaba redondeando más aun al soldadete. Remangóse haciéndose el tonto, sin más objeto que el mostrar una vez más á Rosalía dos inflamados corazones que se había hecho tatuar en el regimiento, con esta divisa: *Para siempre*.

—¿Has ido á misa esta mañana?—preguntó Rosalía, que le hacía sufrir todos los domingos un interrogatorio por el estilo.

—A misa... á misa...—respondió él riéndose con sorna.

Sus dos orejas rojas se separaban de la cabeza pelada muy al rape, y toda su personilla redonda adoptaba aspecto profundamente socarrón.

—Sin duda que he ido á misa,—acabó por decir.

—¡Mientes!—repuso con toda violencia Rosalía. —Ya veo que mientes, porque se te mueve la nariz... ¡Ah, Ceferino! Tú te pierdes... No tienes ni siquiera religión... No te fies...

Por toda respuesta, el soldado, con ademán galante, quiso cogerla por la cintura. Pero ella se mostró escandalizada y exclamó:

—Te vuelvo á hacer poner la chaqueta si no te portas bien... ¡No te da vergüenza! Ahí tienes á la señorita que te está mirando...

Entonces Ceferino se puso á rastrillar con toda su alma. Juana, en efecto, acababa de levantar los ojos. El juego la fatigaba un poco; después de las piedrecillas había recogido hojas y arrancado hierba, pero invadía una especie de pereza, y jugaba con más gusto á no hacer nada, á mirar al sol que llegaba hasta ella despacito, despacito. Hacía un momento, sólo las piernas hasta las rodillas, se sumergían en aquel cálido baño de rayos; ahora los tenía ya hasta la cintura, y el calor seguía subiendo, y Juana lo sentía crecer en ella como una caricia, con cosquilleos agradabilísimos. Lo que, sobre todo, la divertía, eran las manchas redondas, de un hermoso color amarillo de oro, que bailoteaban en su chal. Hubiérase dicho que eran animalitos. Y echaba la cabeza hacia atrás, para ver

si le subirían hasta el rostro. Entretanto, había unguido de sol sus dos manitas. ¡Qué delgadas parecían! ¡Qué transparentes se le habían quedado! El sol pasaba al través de ellas, y sin embargo también de aquel modo le parecían bonitas, con su color rosado de concha, frías y alargadas, parecidas á las manitas infantiles de un niño Jesús. Después el aire libre, aquellos grandes árboles que alrededor tenía, aquel calor la habían aturdido un tanto. Creía dormir, y no obstante, oía y veía. Aquello era muy bueno, muy dulce.

—Señorita, si se echara usted un poco hacia atrás...—dijo Rosalía que había vuelto á colocarse á su lado.—El sol la calienta á usted demasiado.

Pero Juana, con un ademán, se negó á moverse. Se encontraba muy bien. Ahora no se preocupaba ya más por la criada y por el soldadito, cediendo á una de esas curiosidades que sienten los niños por las cosas que se les ocultan. Con toda picardía bajó los ojos, queriendo hacerles creer que no les miraba; y por entre las largas pestañas les espiaba, en tanto que parecía por completo distraída.

Rosalía permaneció á su lado por espacio de unos minutos más. Pero se sentía sin fuerzas contra el ruido del rastrillo. De nuevo se juntó con Ceferino, paso á paso, como á pesar suyo. Regañábase por sus nuevos modales; pero en el fondo, sentíase sobrecogida por ellos, entusiasmada, llena de admiración sorda. El soldadete, en sus largos paseos con sus camaradas, por el Jardín de Plantas y por la plaza del Château d'Eau, en donde tenía el cuartel, adquiriría las gracias floridas del tronera

parisiense. Aprendía su retórica, sus floreos galantes, sus retorcimientos de estilo, tan aduladores para las damas. A veces, quedábase Rosalía sofocada de placer, oyendo frases que él la llevaba con cierto balanceo de hombros, y en las cuales, palabras que no comprendía ni por asomo, la hacían ponerse encendidísima de orgullo. El uniforme no le estorbaba ya; estiraba los brazos hasta desconyuntárselos, con aire de calavera; sobre todo, tenía un modo de llevar el chacó caído sobre la nuca, que descubría su rostro redondo, con la nariz hacia adelante, en tanto que el chacó acompañaba blandamente el redondeo de su cuerpo. Además, se emancipaba, *bebía gotas*, cogía por la cintura *al sexo*. De seguro que ya sabía muchísimo más que ella entonces, con su manera de reirse por debajo de la nariz y de hablar con medias palabras. París le desbastaba con exceso. Y deslumbrada y furiosa á un tiempo, Rosalía se plantaba delante de él, vacilando entre los dos deseos de echarle las uñas, ó de dejar que le dijese majaderías.

Entretanto Ceferino, sin dejar de rastrillar, había dado la vuelta á la avenida. Hallábase detrás de un gran bonetero, lanzando á Rosalía ojeadas oblicuas, mientras parecía atraerla hacia sí con los golpecitos de su rastrillo. Cuando la muchacha se halló cerca de él, la pellizcó con fuerza en la cadera.

—No grites, que así es como te quiero,—dijo entre dientes y tartajeando.—Y además toma esto.

Y la besaba á lo que saliera, en la oreja. Después, como Rosalía á su vez, le pellizcase hasta

hacerle sangre, Ceferino le soltó otro beso, aquella vez en la nariz. La muchacha estaba de color de escarlata, muy contenta en el fondo, pero exasperada por no poder arrearle un bofetón, por causa de la señorita.

—Me he pinchado,—dijo volviendo al lado de Juana, para explicarle el ligero grito que había soltado.

Pero la niña había visto la escena, al través de las delgadas ramas del bonetero. El pantalón rojo y la camisa del soldado formaban una viva mancha en la verdura. Juana levantó lentamente la vista hacia Rosalía, y la contempló un instante, en tanto que la chica enrojecía cada vez más, con los labios húmedos y los cabellos en desorden. Después, bajó Juana de nuevo los párpados, tomó un puñado de piedrecillas y no se sintió con fuerzas para jugar; permaneció con las dos manos sobre la tierra cálida, soñolienta, en medio de la gran vibración del sol. Una ola de salud subía en su interior y la ahogaba. Los árboles le parecían gigantes y poderosos, y las rosas la anegaban en su aroma. Pensaba en cosas vagas, sorprendida y arrebatada.

—¿En qué piensa usted, señorita?—le preguntó inquieta Rosalía.

—No lo sé... en nada...—respondió Juana.—¡Ah! Sí, ya sé... Mira, querría vivir hasta muy vieja...

Y no pudo explicar estas palabras, Era una idea que se le ocurría, decía ella. Pero por la noche, después de comer, como continuase pensativa y su madre le interrogara, hizo de repente esta pregunta:

—Mamá, ¿se casan los primos y las primas?

—Claro que sí,—dijo Elena.—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada... Por saber...

Por otra parte, Elena estaba ya acostumbrada á las preguntas extraordinarias de la niña. Juana se halló tan bien por la hora que había pasado en el jardín, que bajó á él todos los días de sol. Las repugnancias de Elena desaparecieron poco á poco; el hotel permanecía cerrado, y Enrique no se dejaba ver; la joven había acabado por permanecer allí y sentarse junto á Juana, en una esquina de la colcha. Pero al domingo siguiente, se sintió inquieta al ver por la mañana las ventanas abiertas.

—¡Diantre! Están oreando las habitaciones,—decía Rosalía para invitarla á bajar.—Cuando le digo á usted que no hay nadie...

Aquel día, el tiempo estaba aún más cálido. Una granizada de flechas de oro atravesaba los follajes. Juana, que comenzaba á fortalecerse, anduvo por espacio de diez minutos, apoyada en el brazo de su madre. Después, fatigada, fué á sentarse sobre la colcha, haciendo un sitio pequeño á Elena. Las dos se sonreían una á otra, divertidas al verse de aquel modo por el suelo. Ceferino, que había acabado de rastrillar, ayudaba á Rosalía á coger perejil, del que crecían algunas matas desperdigadas á lo largo de la pared del fondo.

De pronto se oyó gran ruido en el hotel; y cuando Elena estaba pensando en escaparse, madame Deberle apareció en la escalinata. Llegaba en traje de viaje, hablando alto, atrafagadísima. Pero cuando vió á madame Grandjean y á su hija sen-

tadas en el suelo, delante del arriate de césped, se abalanzó hacia ellas, y las colmó de caricias, aturdiéndolas con un chorro de palabras.

—¡Cómo! ¿Son ustedes?... ¡Oh! ¡Cuánto me alegro de verlas!... Dame un beso Juanita. ¿Has estado muy enferma, verdad, gatita mía? Pero estás mucho mejor... Tienes muy buenos colores... ¡Cuántas veces he pensado en usted, querida amiga! Le he escrito... ¿Ha recibido usted mis cartas? Han debido ustedes de pasar horas muy terribles... En fin, ya se ha concluído... ¿Quiere usted permitirme que le de un beso?

Elena se había puesto en pie. Tuvo que consentir que le depositaran dos besos en las mejillas y hubo de devolverlos. Aquellas caricias la helaban, y balbuceaba:

—Nos perdonará usted que le hayamos invadido el jardín...

—¡Quite usted allá!—contestó impetuosamente Julieta.—¿No está usted aquí en su casa?

Las dejó solas un instante, y volvió á subir la escalinata, para gritar al través de las habitaciones abiertas de par en par:

—Pedro, no olvide usted nada... Hay diecisiete paquetes.

Pero volvió al punto al jardín y habló de su viaje.

—¡Oh! Una temporada hermosísima. Estábamos en Trouville, ya lo sabe usted. Tanta gente en la playa que no podíamos rebullirnos. Y la nata y flor... He tenido visitas... ¡oh! visitas... Papá estuvo allí á pasar quince días con Paulina... Pero de todos modos, se queda una muy satisfecha al vol-

ver á su casa... ¡Ah! No le he dicho á usted... Pero no; ya se lo contaré á usted más tarde.

Bajóse y besó á Juana de nuevo; después se puso seria y formuló esta pregunta:

—¿Me he puesto morena?

—No, yo no lo noto,—respondió Elena que la miraba.

Julieta conservaba sus ojos claros y límpidos, sus manos regordetas, su bonita cara amable. No envejecía; ni el aire del mar siquiera había podido hacer mella en la serenidad de su indiferencia. Parecía regresar de unas diligencias en París, de dar una vuelta por casa de sus proveedores, con el reflejo de los escaparates en toda su persona. Y sin embargo, rebosaba de cariño, y Elena estaba tanto más cortada cuanto que se sentía llena de malestar. En medio de al colcha, Juana no se movía; tan sólo alzaba su fina cabecita de niña que padece, y tenía las manos cruzadas y puestas al sol como si tuviese frío.

—Espere usted, no ha visto usted á Luciano,—exclamó Julieta.—Hay que verle. Está crecidísimo.

Y cuando llevaron al muchacho, á quien la doncella estaba limpiando del polvo del viaje, la madre le cogió y le hizo dar vueltas para exhibirlo. Luciano, grueso, mofletudo, moreno de tanto haber jugado sobre la playa, al viento de alta mar, reventaba de salud; mostrábase algo regañón porque acababan de lavarle. Le habían secado mal, y tenía una mejilla húmeda todavía, y rosada por el frote de la toalla. Cuando vió á Juana se detuvo sorprendido. La niña le miraba con su pobre sem-

blante enflaquecido, de palidez de tela blanca, encuadrado en el chorrear negro de sus cabellos, cuyos bucles le caían sobre los hombros. Sus hermosos ojos ensanchados y tristes le llenaban toda la cara; y á pesar del calor fuerte, tenía un débil temblor, en tanto que sus friolentas manos se extendían aún como ante un gran fuego.

—Bueno, ¿no vas á darle un beso?—dijo Julieta.

Pero Luciano parecía tener miedo. Acabó por decidirse, con precaución, alargando los labios, para acercarse á la enferma lo menos posible. Después, retrocedió en seguida. Elena tenía gruesas lágrimas en el borde de los ojos. ¡Qué bien estaba aquel niño! ¡Y su Juana que estaba tan jadeante por haber dado una vuelta al arriate de césped! ¡Había madres muy felices! Julieta, de repente, comprendió su crueldad. Entonces se incomodó con Luciano.

—¡Bien, hombre, qué tonto eres! ¿Se dan besos de ese modo á las señoritas?... No tiene usted idea, querida amiga. En Trouville se me ha puesto imposible.

Se embrollaba. Felizmente para ellas se presentó el doctor. Julieta salió del paso con una exclamación:

—¡Ah! Ahí está Enrique.

El no las esperaba hasta la noche. Pero Julieta había tomado otro tren. Y explicó largamente por qué causa, sin conseguir hacerlo con claridad. El doctor escuchaba sonriendo.

—Por fin ya estáis aquí,—dijo.—Es todo lo que me falta.

Acababa de dirigir á Elena un saludo silencioso. Su mirada cayó por un instante sobre Juana; pero al punto, con cierta turbación, desvió la vista y volvió la cabeza. La niña había sostenido valientemente aquella mirada; y separando las manos, con instintivo ademán asió la falda de su madre y la atrajo hacia sí.

—¡Oh, mi valiente!—repetía el doctor, que había levantado á Luciano y le besaba en las mejillas. —Crece que es un encanto.

—¿Bueno, y á mí, se me olvida?—preguntó Julieta.

Adelantaba la cabeza. Entonces Enrique no dejó á Luciano, sino que teniéndole en brazos se inclinó para besar también á su esposa. Los tres se sonreían.

Elena, muy pálida, habló de subir á su casa. Pero Juana se negó á ello; quería ver, y sus miradas lentas se detenían en los Deberle, y después se convertían hacia su madre. Cuando Julieta había ofrecido los labios al beso de su marido, una llama se había encendido en los ojos de la niña.

—Pesas demasiado,—continuaba el doctor, dejando á Luciano en el suelo.—¿De manera que la temporada ha sido buena?... Ayer ví á Malignon, que me contó su estancia por aquellos barrios... ¿Conque le has dejado partir antes que vosotros?

—¡Oh! Está insoportable,—murmuró Julieta, que se puso seria, con cierta turbación en el rostro.—Nos ha hecho rabiar á cada momento.

—Tu padre esperaba para Paulina... ¿No se ha significado nuestro hombre?...

—¿Quién? ¿El, Malignon?—exclamó ella como sorprendida y ofendida.

Después hizo un gesto de enojo.

—¡Quita allá! ¡Un chiflado!... ¡Qué contenta estoy de estar en mi casa!

Y tuvo, sin transición aparente, una de aquellas efusiones que sorprendían, en su naturaleza de ave encantadora. Estrechóse contra su marido levantando la cabeza. El, indulgente y tierno, la tuvo un instante entre los brazos. Parecía haber olvidado que no estaban solos.

Juana no separaba la vista de ellos. La cólera le hacía temblar los decoloridos labios, y tenía el rostro de mujer celosa y mala. El dolor que sufría era tan vivo, que tuvo que desviar los ojos. Y en aquel momento vió, en el fondo del jardín, á Rosalía y á Ceferino que continuaban buscando perejil. Para no incomodar á nadie sin duda, se habían metido en el más espeso de los macizos, agachados uno y otro. Ceferino, socarronamente, había cogido un pie de Rosalía, y ésta, sin hablar, le daba puñetazos. Juana, entre dos ramas, veía la cara del soldadete, una luna bondadosa, muy colorada, y reventando de amorosa risa. Hubo un empujón, y el soldadillo y la criada rodaron por detrás del follaje. El sol caía á plomo, y los árboles dormían en el aire caliente, sin que una sola hoja se moviese. De debajo de los olmos llegaba un aroma, el aroma craso de la tierra no removida nunca por el azadón. Lentamente, las últimas rosas

de the dejaban llover sus pétalos uno á uno sobre la escalinata. Entonces Juana, con el pecho henchido, dirigió la vista hacia su madre; y al verla inmóvil y muda ante lo que allí pasaba, tuvo para ella una mirada de suprema angustia, una de esas profundas miradas de niño que no se atreve uno á interrogar.

Entretanto, madame Deberle se había acercado, diciendo:

—Espero que nos veremos. Puesto que Juana se encuentra ya bien, es preciso que baje aquí todas las tardes.

Elena buscaba ya una excusa, pretextando que no quería fatigarla demasiado. Pero Juana intervino vivamente:

—No, no, el sol es tan bueno... Sí que bajaremos, señora. Usted me guardará este sitio, ¿verdad?

Y como el doctor se hubiera quedado atrás, la niña le sonrió.

—Doctor, diga usted á mamá que el aire no me hace daño.

Enrique se adelantó, y aquel hombre avezado al dolor humano sintió leve rubor en las mejillas porque la niña le había hablado con dulzura.

—Sin duda,—dijo á media voz.—El aire libre no puede sino adelantar la convalecencia.

—¡Ah! Ya ves, mamita; será preciso que vengamos,—dijo con adorable mirada de ternura, en tanto que las lágrimas se ahogaban en su garganta.

Pero Pedro había vuelto á aparecer en la escalinata; los diecisiete paquetes de la señora estaban ya dentro. Julieta, seguida de su marido y de Lu-

ciano, huyó, declarando que estaba tan sucia que metía miedo y que iba á tomar un baño. Cuando estuvieron solas madre é hija, Elena se arrodilló sobre la colcha, como para colocar mejor el chal alrededor del cuello de Juana. Después, en voz baja:

—¿Ya no estás incomodada con el doctor?

Hizo la niña una larga seña con la cabeza.

—No, mamá.

Hubo un silencio. Elena, con manos temblorosas y poco diestras, parecía no poder apretar el nudo del chal. Entonces Juana murmuró:

—¿Por qué quiere á otras?... Yo no quiero.

Y su mirada negra se puso dura, en tanto que sus extendidas manecitas acariciaban los hombros de su madre. Esta quiso contestar algo, pero tuvo miedo á las palabras que le subían á los labios.

Caía el sol; las dos subieron á su casa. Entre tanto, Ceferino había aparecido con un ramito de perejil que espurgaba, lanzando á Rosalía miradas asesinas. La criada, á distancia, se mostraba desconfiada al ver que no había ya nadie allí; y como él la pellizcase, en el momento en que ella se agachaba para doblar la colcha, le soltó un puñetazo en la espalda que hizo un ruido como de tonel vacío. El golpe llenó de satisfacción á Ceferino. Aun se estaba riendo por dentro cuando entró en la cocina, espurgando todavía el perejil.

A partir de aquel día, Juana puso todo su empeño en bajar al jardín en cuanto oía en él la voz de madame Deberle. Escuchaba ávidamente los chismorreos de Rosalía sobre el hotelito contiguo, preocupándose por la vida que en él se llevaba, y esca-

pándose á veces de la alcoba para ir por sí misma á acechar á la ventana de la cocina. Abajo, hundida en un pequeño sillón que del salón le hacía llevar Julieta, la niña parecía vigilar á la familia, mostrándose reservada con Luciano, impacientándose con sus preguntas y con sus juegos, sobre todo cuando el doctor estaba allí. Entonces se arrellenaba, como cansada, con los ojos abiertos y mirando. Eran para Elena un gran sufrimiento aquellas tardes. Y no obstante, volvía á pesar de las rebeliones de todo su sér. Cada vez que Enrique, á su regreso, depositaba un beso sobre los cabellos de Julieta, sentía la joven un vuelco en el corazón. Y en aquellos momentos, si, para ocultar su rostro trastornado, fingía dedicar su atención á Juana, hallaba á la niña más pálida que ella, con los ojos negros abiertos desmesuradamente, y la barbilla convulsa por la reprimida cólera. Juana soportaba sus tormentos. Los días en que su madre, con las fuerzas agotadas ya, agonizaba de amor al separar los ojos, Juana también se quedaba tan sombría y destrozada, que era preciso subirla á casa y acostarla. Ya no podía ver al doctor acercándose á su esposa sin cambiar el rostro, temblorosa, y persiguiéndole con el inflamado mirar de una amante traicionada.

—Toso por las mañanas,—le dijo un día.—Es preciso que vaya usted y me vea.

Cayeron lluvias. Juana quiso que el doctor volviera á empezar sus visitas. Sin embargo, estaba muchísimo mejor. Su madre, por contentarla, había tenido que aceptar dos ó tres invitaciones á comer en casa de los Deberle. La niña, con el corazón des-

garrado tanto tiempo por un obscuro combate, pareció calmarse cuando por fin su salud se hubo restablecido por completo. Repetía su pregunta:

—¿Eres dichosa, mamita?

—Sí, muy dichosa, ángel mío.

Entonces la niña irradiaba. Había que perdonarle sus antiguas maldades, decía. Hablaba de ellas como de un ataque independiente de su voluntad, de un dolor de cabeza que la hubiese asaltado de repente. Había algo que se henchía en ella, aunque no sabía qué era á punto fijo. Toda clase de ideas luchaban en su cerebro, ideas vagas, feos sueños que ni siquiera hubiera podido repetir. Pero ya había pasado; se curaba y aquéllo no volvería ya.

V

Cafá la noche. Del pálido cielo en que brillaban las primeras estrellas, parecía llover una ceniza fina sobre la gran ciudad, á la que enterraba lentamente, sin darse punto de reposo. Grandes masas de sombra llenaban ya los huecos, en tanto que una línea como una ola de tinta, subía del fondo del horizonte, tragándose los restos del día, los vacilantes resplandores que se retiraban hacia Poniente. Ya no quedaban, por debajo de Passy, más que unos cuantos mantos de techumbres que se distinguieran todavía. Después la ola se desarrolló, y fueron las tinieblas.

—¡Qué cálida noche!—murmuró Elena, sentada delante de la ventana, llena de languidez por los tibios soplos que París le enviaba.

—Una hermosa noche para la gente pobre,—dijo el sacerdote, en pie detrás de ella.—El otoño será dulce.

Aquel martes Juana se había aletargado durante los postres, y su madre la había acostado, vién-